



(134 a. C. 4. d. C.)—VI. Desde Cristo á Constantino (4-323 d. C.)—VII. Desde Constantino á Augústulo (323-476 d. C.)—VIII. Los bárbaros (476-622 d. C.)—IX. Mahoma (622-800 d. C.)—Los Carlovingios (800-1096 d. C.)—XI. Las Cruzadas (1096 d. C.)—XII. Los municipios (1100-1270 d. C.)—XIII. Caída del imperio de Oriente (1270-1453 d. C.)—XIV. Los descubrimientos (1492 d. C.)—XV. La reforma (1500-1619 d. C.)—XVI. Luis XIV y Pedro el Grande (1610-1713 d. C.)—XVII. El siglo XVIII (1713-1789 d. C.)—XVIII. La revolución (1789-... d. C.); cuya division adoptamos.

ÉPOCA PRIMERA

La Creacion

Años
antes de
J.-C.
4004 á 2348
—
Años
de
la Creacion
1 á 1656

Esta primera época nos ofrece el más sublime y maravilloso espectáculo que narran las páginas de la Historia. Dios crió el cielo y la tierra con su palabra, é hizo al hombre á imagen suya.

Hé aquí la primera palabra de Moisés, el más antiguo de los historiadores, el más sublime de los filósofos y el más sábio de los legisladores (1).

La Creacion es la primera y más grande manifestacion de Dios en la Historia, es la primera palabra de la vida, es el primer fundamento de la ciencia; sin el dogma de la Creacion, no son posibles ni la vida, ni la ciencia, ni la Historia.

El mundo no existia; una sola palabra de la omnipotencia infinita bastó para que un mundo inmenso y gigantesco se ofrezca en el espacio; informe, invisible y confundido aparece; densas tinieblas cubren la faz del abismo, el caos; mas el espíritu de Dios se cierne sobre las aguas, como paloma que aletea sobre sus tiernos polluelos acariciándoles sin tocar sus blancas plumas, y ese ósculo divino de lo infinito, crea la luz, los mares, la fecunda tierra, las hermosas luminarias, las estrellas, las plantas, los animales y el hombre, y el nuevo mundo creado gira en el espacio con orden y regularidad admirables.

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*, página primera, primera época.

Magnífico y sublime espectáculo, tan sencillo como elocuentemente narrado por el historiador sagrado en estas elocuentes palabras: «Dios crió el cielo y la tierra.»

Contra esta relacion del origen del mundo, un grito de horror y de maldicion se levanta, por desgracia, en el campo de la ciencia libre é independiente, y nunca como hoy, aunque el error no es nuevo, la soberbia humana ha encontrado pequeño este mundo tan grande y tan hermoso para contener una razon enloquecida, prorumpiendo, hoy como ayer, en el insensato argumento, gastado y viejo de la filosofia pagana: «*De la nada, nada se hace.*»

Este argumento es la máscara del ateísmo ó de la ignorancia. En todo sér, el poder y virtud de obrar resultan de su esencia; si el poder de Dios tiene limites, ese dios será el dios del paganismo antiguo ó del racionalismo moderno, pero no el Dios del catolicismo; si para aquellos dioses de barro crear un mundo era un absurdo, para el Dios infinito del catolicismo, crear un nuevo mundo es obra de una sola palabra. La Creacion y la historia que narramos, son la creacion y la historia del hombre inspirado por Dios; no las fábulas de la mitología é impura filosofia, ni los absurdos de la fisiología, filología ó antropología contemporáneas.

El poder infinito de Dios: hé aquí el fundamento sobre el cual Moisés coloca su narracion, su doctrina y sus leyes. Despues nos hace ver todos los hombres contenidos en un hombre solo y la misma mujer sacada de él; la concordia de los matrimonios y la sociedad del género humano, establecida sobre este fundamento; la perfeccion y el poder del hombre, en tanto que lleva en su total entereza la imagen de la divinidad, su conciencia y juntamente su felicidad en el Paraíso, cuya memoria se ha conservado en la edad de oro de los poetas; el precepto divino dado á nuestros primeros padres; la malicia del espíritu tentador y su aparicion bajo de la forma de serpiente; la caída de Adam y Eva, funesta á toda su posteridad; el primer hombre, justamente castigado en todos sus hijos, y el género humano maldito de Dios; la primera promesa de la redencion y la victo-



ria futura de los hombres contra el demonio, autor que habia sido de su ruina.

Comienza la solitaria y triste tierra á llenarse de gentes, y los delitos acompañan desde luego con su tributo de sangre y amarguras al linaje humano; la mano fratricida de Cain sella la tierra con inocente sangré, y pacta la alianza del hombre malvado con el crimen, comenzando desde aquel instante á ser la virtud perseguida del vicio. Descúbrese en la sencilla, pero elocuente historia de Moisés, las costumbres puras de Abel, agradables á Dios, y las persecuciones y maldades de Cain, su avaricia, su impiedad, su fratricidio, y la envidia, madre de todos los homicidios y de todos los delitos; el castigo del primer crimen; la agitada conciencia del inicuo hermano, que no ve en su derredor sino sombras de maldicion que proyecta la marca indeleble de su frente; la perversa ciudad fundada por este malhechor; la invencion de algunas artes, y la malignidad del corazon humano; la posteridad de Seth, fiel á su Dios, en medio de aquella naciente y ya gigantesca perversidad y depravacion; el piadoso Enoch, milagrosamente arrebatado á un mundo y á una tierra que no eran dignos de poseerle; la distincion de los hijos de Dios de entre los hijos de los hombres; la mezcla de ellos y la corrupcion universal del mundo; la ruina de los hombres, resuelta por justo juicio de Dios; su enojo denunciado á los pecadores por su siervo Noé; su impenitencia y su dureza castigadas, en fin, con el diluvio; Noé y su familia salvados de aquella universal catástrofe, para reparacion y propagacion del linaje humano.

Hé aquí el sumario de esta primera época, que extensamente recorreremos en la narracion histórica; hé aquí las preciosas lecciones consignadas por aquel que es llamado con razon el más antiguo de los historiadores, el más sublime de los profetas y el más sábio de los legisladores:

Descúbrese en esta bella y grandiosa relacion, la omnipotencia, la sabiduria y la verdad infinita de Dios; la inocencia feliz debajo de su providencia y proteccion, su justicia pronta á reparar y á extirpar el mal que crece, y se

extiende y se propaga en la decadencia del linaje humano; su bondad para llamar al hombre á los caminos de la ley, antes de dejar caer la mano de su justicia infinita; la grandeza primitiva del hombre, y la naturaleza corrompida, el genio de la envidia, de las torpes pasiones y la loca soberbia del hombre apartándose de Dios, causas originarias de todos los males y miserias de la humanidad.

La descendencia de Noé conservó la artes, tanto las que servian de fundamento á la vida, como las más accesorias; así las conocidas desde el origen de los tiempos, como las inventadas posteriormente hasta sus dias. Así vemos en esta época conocidas ya la agricultura, el laboreo pastoril, los sencillos trajes, útiles de hierro y metal, y otras; lo cual consta del Génesis clara y expresamente, pudiendo admitirse otras más amplias deducciones sobre esta materia.

De este fértil y hermoso país, cuna del linaje humano, donde tantas maravillas y grandiosidades se labraron, emana el primer rayo de luz civilizadora; aparece el hombre adulto en verdad, de cuerpo y de espíritu, dotado por el Hacedor de facultades nobilísimas y de cuanto le es necesario para el desenvolvimiento moral, físico é intelectual.

Las antiguas tradiciones de ese mundo bañado en sus extensas y dilatadas riberas por las aguas del Golfo Perisco, del mar Erytheo, del mar Rojo y del Mediterráneo, permanecieran oscurecidas y confusas, si no fuera por esa luz de la Historia, por el Génesis, el gran libro de la sabiduria histórica, cuya relacion y contexto seguiremos en esta primera época, descubriendo los hechos que dejamos apuntados.

El gran Bossuet, que con mirada de elevado genio dominó las vastas regiones de la ciencia histórica, concreta esta primera época de la creacion en los siguientes términos:

«Sobre todo la religion, y la continuacion del pueblo de Dios, considerada de este modo, es el mayor y más útil de todos los objetos que pueden proponerse á los hombres. ¡Qué bella es la representacion de los diversos estados de este pueblo! Debajo de la ley de la naturaleza y de los patriarcas; debajo de Moisés y de la



ley escrita; debajo de David y de los profetas despues de la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; y finalmente, debajo de Jesucristo mismo, está es debajo de la ley de gracia y del Evangelio; en los siglos en que fué el Mesias esperado, y en los que vino, en los que el culto de Dios estuvo reducido á un solo pueblo, y en los que en conformidad de las antiguas profecias, se ha difundido por todo el mundo; en aquellos, en fin, en que los hombres, enfermos aún y toscos, necesitaron ser sostenidos con recompensas y castigos temporales, y en los que los fieles mejor instruidos deben solamente vivir con la fe, asidos á los bienes eternos; y tolerando, con la esperanza de poseerlos, todos los males que puedan ejercitar su paciencia.

• »Ciertamente no se puede concebir cosa más digna de Dios que haberse primeramente escogido un pueblo, que fuese un ejemplo palpable de su eterna Providencia; un pueblo, cuya buena ó mala fortuna dependiese de su piedad, y cuyo estado diese testimonio de la sabiduría y justicia del que lo gobernaba. Por aquí empezó Dios, y esto es lo que ha hecho ver en el pueblo judáico. Pero despues de haber establecido por tantas pruebas sensibles el incontrastable fundamento de que él solo dirige, segun su voluntad, todos los sucesos de la vida presente, era tiempo de elevar los hombres á más sublimes pensamientos, y de enviar á Jesucristo, á quien estaba reservado el descubrir al nuevo pueblo, recogido de todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura.

»Fácilmente podrá observarse la historia de estos dos pueblos, y notarse como Jesucristo hace la union de uno y otro; pues ó esperado, ó venido, ha sido en todos tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios.

»En ella, pues, se verá la religion siempre uniforme, ó por mejor decir, siempre la misma desde el origen del mundo, en que el mismo Dios ha sido reconocido como autor, y el mismo Jesucristo como salvador del género humano.

»Así se conocerá que nada hay más antiguo entre los hombres que la religion que profesa,

y que no sin razon sus antepasados han puesto en ser sus protectores, su mayor gloria.

»Que testimonio no es de su verdad ver que en los tiempos que las historias profanas sólo tienen fábulas que contarnos, ó á lo más hechos confusos y medio olvidados, la Escritura, que sin contradiccion puede llamarse libro el más antiguo del mundo, nos conduce por tantos sucesos individuales, y por la misma continuacion de las cosas, á su verdadero principio, que es á Dios, autor de todas; y nos muestra tan distintamente la creacion del universo, particularmente la del primer hombre, la felicidad de su primer estado, las causas de sus miserias y de sus flaquezas, la corrupcion del mundo y el diluvio, el origen de las artes y el de las naciones, la distribucion de las tierras; en fin, la propagacion del género humano, y otros hechos de la misma importancia, de que no hablan sino confusamente las historias humanas, obligándonos á buscar fuera de ellas sus orígenes ciertos.

»Pues si la antigüedad de la religion le ha dado tanta autoridad, su sucesion, continuada sin interrupcion ni alteracion por el curso de tantos siglos, y á pesar de tantos impedimentos sobrevenidos, hace ver manifestamente ser la mano de Dios quien la sostiene.

»¿Qué cosa hay más maravillosa, que verle subsistir siempre sobre los mismos fundamentos desde el principio del mundo, sin que la idolatría ni la impiedad, que por todas partes la cercaban; ni los tiranos, que la han perseguido; ni los herejes é infieles, que han procurado adulterarla; ni los cobardes, que la han vendido; ni sus sectarios indignos, que la han deshonrado con sus delitos; ni, en fin, lo largo del tiempo, que por sí solo basta á abatir todas las cosas humanas, hayan jamás podido, no digo extinguirla, pero ni aun alterarla?

»Si queremos considerar ahora la idea que esta religion, cuya antigüedad veneramos, nos da de su objeto, que es el primer sér, confesaremos que es superior á todos los pensamientos humanos, y digna de ser mirada como venida del mismo Dios.

»Este Dios, á quien siempre han servido los hebreos y los cristianos, en nada tiene seme-



janza con aquellas deidades, llenas, no sólo de imperfeccion, sino aun de vicio, que del resto del mundo eran adoradas. Nuestro Dios es uno, infinito, perfecto, el solo digno de vengar los delitos y de coronar las virtudes, porque él es solo la misma santidad.

»Es infinitamente superior á aquella primera causa y á aquel primer móvil, conocido de los filósofos, aunque con todo esto no adorado. Los que han estado entre ellos más alumbrados, nos han propuesto un Dios que, hallando una materia eterna y existente de sí misma, así como él se sirvió de ella y la labró como un artífice vulgar, forzado de sus eternas increadas calidades á acomodarse en la obra á su naturaleza, sin poder jamás comprender que, si la materia era de sí misma, no debió esperar su perfeccion de mano ajena, y que si Dios es infinito y perfecto, no necesitó para hacer todo lo que queria sino de sí mismo y de su voluntad todo poderosa. Pero el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios cuyas maravillas nos ha escrito Moisés, no solamente ha ordenado el mundo, sino que enteramente le ha hecho en su materia y su forma. Antes que le hubiese dado el sér, ninguna cosa le tuvo, sino él solo. Está representado como quien lo hace todo, y que todo lo hace con su palabra, así porque todo lo hace con razon, como porque todo lo hace sin dificultad; y que el ejecutar obras tan grandes, no le cuesta sino una palabra, esto es, que no le cuesta sino el quererlo.

»Y por seguir la historia de la Creacion, ya que la hemos empezado, Moisés nos ha hecho saber que este arquitecto poderoso, á quien tan poco le cuestan las cosas, quiso hacerlas de muchas veces y crear el Universo en seis dias, por mostrarnos que no obraba por necesidad ó por un ciego impetu, como lo han imaginado algunos filósofos. El sol despide de un golpe solo, sin poder contenerse, cuantos rayos tiene; pero Dios, que obra por inteligencia, y con una suprema libertad, aplica su virtud donde quiere y cuanto quiere; y como en hacer el mundo con su palabra muestra que nada le es difícil, en hacerle de muchas veces manifesta que es el dueño de su materia, de su accion,

de todo su intento, y que no tiene otra regla en el obrar que la de su voluntad, siempre derecha por sí misma.

»Esta conducta de Dios nos hace tambien ver que todo sale inmediatamente de su mano. Los pueblos y los filósofos que creyeron que la tierra, mezclada con el agua y ayudada si se quiere del calor del sol, habia producido de sí misma, por su propia fecundidad, las plantas y los animales, se engañaron muy néciamente. La Escritura nos ha hecho entender que los elementos son estériles, si la palabra de Dios no los fecunda. Ni la tierra, ni el agua, ni el aire habrian jamás tenido las plantas ni animales que en ellos vemos, si Dios, que habia hecho y preparado su materia, no la hubiese tambien formado por su todo poderosa voluntad, y dado á cada cosa las semillas propias para multiplicarse en todos los siglos.

Los que ven nacer y crecer las plantas por el calor del sol, podrian creer ser este su criador; pero la Escritura nos hace ver la tierra vestida de yerbas y de todo género de plantas antes de que el sol fuese creado, á fin de que concibamos que todo depende de Dios solo.

»Quiso este gran artífice crear la luz, aun antes de reducirla á la forma que le dió en el sol y en los astros, porque queria enseñarnos que estas grandes y magníficas lumbreras, que algunos engañados gentiles han querido hacer deidades, no tienen por sí mismas, ni la materia preciosa y resplandeciente de que han sido compuestas, ni la forma admirable á que las vemos reducidas.

»En fin, la relacion de la Creacion, del modo que está hecha por Moisés, nos descubre el grande secreto de la verdadera filosofia, de que en Dios sólo reside la fecundidad y el poder absoluto. Bienaventurado, Sábio, Omnipotente, sólo suficiente en sí mismo, obra sin precision, como obra sin necesidad, jamás forzado ni embarazado por la materia, de la cual hace lo que quiere, porque le ha dado por su sola voluntad el fondo de su sér. Por este supremo derecho la labra, la forma, la mueve sin dificultad; todo depende inmediatamente de él, y si una depende de otra, segun el orden establecido en la naturaleza, como por ejemplo, el



nacimiento y crecimiento de las plantas del calor del sol, es porque este mismo Dios, que ha hecho todas las partes del Universo, ha querido enlazar las unas con las otras y hacer resplandecer su sabiduría por este maravilloso encañamiento.

»Pero todo lo que nos enseña la Sagrada Escritura sobre la creación del universo, es nada en comparación de lo que dice de la creación del hombre.

»Hasta aquí todo lo había hecho Dios mandando. *Que sea hecha la luz; que se extienda el firmamento en medio de las aguas; que las aguas se retiren; que quede la tierra descubierta, y que produzca; que haya dos grandes luminarias que dividan el día de la noche; que los pájaros y los peces salgan del seno de las aguas; que la tierra produzca los animales, según sus diferentes especies.* Pero cuando se trata de crear al hombre, halla Moisés en Dios un nuevo modo de explicarse. *Hagamos el hombre, dice, á nuestra imagen y semejanza.*

»Ya no es aquella palabra imperiosa y dominante; es una palabra más dulce, aunque no menos eficaz. Dios tiene consejo en sí mismo; Dios mismo se excita, como para manifestarnos que la obra que va á emprender excede á cuantas hasta entonces había hecho. *Hagamos el hombre.* Dios habla en sí mismo; habla á alguno que hace como él, á alguno cuya criatura é imagen es el hombre; habla á un otro sí mismo; habla á aquel por quien todas las cosas han sido hechas, á aquel que dice en su Evangelio: *Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace.* Hablando á su Hijo, ó con su Hijo, habla al mismo tiempo con el Espíritu todo poderoso, igual y coeterno al uno y al otro.

»Cosa es inaudita en todo el estilo de la Escritura, que otro que Dios haya hablado de sí mismo en número plural: *Hagamos.* Aun Dios mismo no habla así en ella sino dos ó tres veces; y empieza este extraordinario estilo á descubrirse cuando se trata de crear al hombre.

»Cuando Dios muda de estilo, y en alguna manera de conducta, no es que mude en sí mismo, sino que nos muestra que en conformidad de sus consejos eternos, va á empezar un nuevo orden de cosas.

»Así, el hombre, tan altamente elevado sobre todas las criaturas, cuya generación nos había descrito Moisés, está producido de un modo todo nuevo. La Trinidad empieza á declararse al hacer la criatura racional, cuyas operaciones intelectuales son una imagen imperfecta de aquellas eternas operaciones, por quienes Dios es fecundo en sí mismo.

»La palabra de consejo, de que Dios se sirve, denota que la criatura que va á hacer es la única que puede obrar por consejo y por inteligencia. No es menos extraordinario todo lo restante. No habíamos hasta allí visto, en la historia del Génesis, el dedo de Dios aplicado sobre una materia corruptible. Para formar el cuerpo del hombre él mismo toma de la tierra; y esta tierra, ordenada debajo de tal mano, recibe la más bella figura que se haya hasta ahora dejado ver en el mundo.

»Esta atención particular que se descubre en Dios cuando hace al hombre, nos muestra la consideración especial que por él tiene, aunque por otra parte todo vaya inmediatamente dirigido de su sabiduría.

»Pero el modo con que produce al alma es mucho más maravilloso, porque no la saca de la materia, sino que desde arriba la inspira; este es un aliento de vida que viene de él mismo.

»Cuando creó los animales, dijo: *Que el agua produzca los peces;* y de esta suerte creó los monstruos marinos, y todas las almas que viven y se mueven que debían llenar las aguas. También dijo: *Que la tierra produzca toda alma viviente, las bestias de cuatro piés y los reptiles.*

»Así debían nacer las almas que viven una vida brutal y bestial, á quienes no da Dios otra acción que unos movimientos dependientes del cuerpo; y á estas las saca del seno de las aguas; pero aquella alma, cuya vida debía ser una imitación de la suya, que debía vivir como él, de razón y de inteligencia, que debía estarle unida por medio de la contemplación y del amor, y que por esto debía ser hecha á su imagen, no podía ser sacada de la materia. Dios bien puede, labrando la materia, formar un bello cuerpo; pero de cualquier modo que



la torneé y que la figure, jamás hallará en ella su imagen y semejanza. El alma hecha á su imagen, y que puede ser bienaventurada poseyéndole, debe ser producida por una nueva creación, debe venir de arriba; y esto es lo que significa aquella respiración de vida que saca Dios de su boca.

»Acordémonos que Moisés propone á los hombres carnales por medio de imágenes sensibles, verdades puras é intelectuales. No creamos que Dios aliente á la manera de los animales. No creamos que nuestra alma sea un aire fútil ni un vapor desatado. El aliento que Dios inspira, y que en sí mismo lleva la imagen de Dios, no es aire ni vapor. No creamos que sea nuestra alma una porción de la naturaleza divina, según el delirio de algunos filósofos. Dios no es un todo que se parte. Cuando Dios tuviese partes, serían partes increadas; porque el Creador, el Sér increado, no estaría compuesto de criaturas. El alma está hecha, y de tal modo hecha, que nada es de la naturaleza divina; pero es una cosa hecha solamente á su imagen y semejanza; una cosa que debe siempre permanecer unida al que la ha formado: esto es lo que significa aquel aliento divino, esto lo que nos representa aquel espíritu de vida.

»Ya está el hombre formado. De él forma Dios también la compañera que quiere darle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, á fin de ser siempre, por esparecidos y multiplicados que estén, de una sola y misma familia.

»Formados así nuestros primeros padres, se les da, para que le habiten, aquel delicioso jardín que es llamado el Paraíso. Asimismo debía Dios hacer dichosa á su imagen.

»Impone al hombre un precepto, por hacerle conocer que tiene un Señor; un precepto aplicado á una cosa sensible, porque el hombre estaba hecho con sentidos; un precepto fácil, porque quería hacerle la vida cómoda en tanto que fuese inocente.

»No guarda el hombre un precepto de tan fácil observancia; escucha al espíritu tentador y se escucha á sí mismo, en vez de escuchar únicamente á Dios. Su perdición es inevitable; pero es menester considerarla así en su origen como en sus consecuencias.

»Había Dios hecho al principio sus ángeles espíritus puros, sin mezcla de materia. Y como no hace cosa que no sea buena, los había creado á todos en la santidad; y ellos podían asegurar su felicidad con darse voluntariamente á su Creador. Pero todo lo que ha salido de la nada, es defectuoso. Una parte de aquellos ángeles se dejó engañar de su amor propio. ¡Hay de la criatura que en sí misma se complace, y no en Dios! ¡Que pierde en un momento todos sus bienes! ¡Extraño efecto del pecado! Aquellos espíritus resplandecientes se mudaron en espíritus de tinieblas; no hubo luz de cuantas tuvieron, que no se convirtiesen en maliciosas astucias. Una maligna envidia ocupó en ellos el lugar de la caridad, su natural grandeza no fué después sino soberbia, su felicidad fué trocada en el triste consuelo de procurarse compañeros en su miseria y sus bienaventurados ejercicios en el miserable empleo de tentar los hombres. El más perfecto de todos, que así había sido el más soberbio, se halló el más pernicioso como más infeliz. El hombre á quien Dios había creado de naturaleza un poco inferior á los ángeles, uniéndole á un cuerpo se hizo á espíritu tan perfecto, un objeto de envidia. Quiso, pues, este arrastrarle á su rebelión, para envolverle después en su ruina. Escuchemos cómo le habla, y penetremos el fondo de sus artificios. Encaminase á Eva como la más flaca, pero en la persona de Eva, no menos habla á su marido que á ella misma: *¿Por qué Dios os ha hecho esta prohibición?* Si os ha hecho racionales, debéis saber la razón de todo: este fruto no es veneno, no morireis de él. Hé aquí por dónde empieza el espíritu de la rebelión. Discúrrase sobre el precepto, y se pone en duda la obediencia. *Vosotros seréis como dioses,* libres é independientes, felices en vosotros mismos, sábios por vosotros mismos; *sabreis el bien y mal,* nada os será impenetrable. Por estos motivos se levanta el espíritu contra el orden de su creador y quiere hacerse superior á la regla. Eva, medio ganada, mira el fruto, cuya belleza prometía *un gusto excelente.* Viendo que Dios había unido el espíritu y el cuerpo en el hombre, creyó que también podría, en favor suyo, haber aplicado á las plantas vir-